

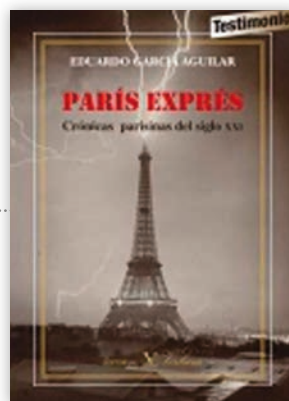
tumba para seguir enseñoreado de su rol de asesino en serie descrito en “Fantasmagoría” (picaresca en clave de literatura de horror, con un aire de desencanto); o con el bandido aficionado que tiene que matar, muy a su pesar, para sobrevivir en la selva de concreto, descrito en “Una llamada por cobrar desde el infierno” (narración muy lograda que se la juega integrando otros géneros que el autor ha trabajado en libros anteriores, como la crónica urbana, lo negro, lo costumbrista y hasta lo sobrenatural, con lo que entrega un cuento notable que se destaca entre los otros); o con el estafador que se hizo célebre por elaborar gaseosa artesanal, muy bien definido en “Entre palmeras, ron y Coca-Cola”; o con el tema recurrente de la chica que aprovecha el amor o la oportunidad para engrosar su cuenta de ahorros, pintado bajo diferentes matices en “Mea culpa”, “Sin palabras” o “Historia de Adriana”; o con el “pato” barrial mitómano que a punta de labia y oportunismo se las arregla para vivir sin tallarse mucho, planteado en ese divertimento de más largo aliento que es “B. J.”, una novedosa y ambiciosa exploración del lenguaje cargada de ironía; o con los graciosos y no tan graciosos estragos del narcotráfico en las pequeñas conciencias de unos muchachos de barrio, que se muestran en “Pétalos” y en “Queridos muchachos”; y cientos, sí, cientos de pilatunas de barrio en dieciocho historias que no dan tregua y nos hacen sonreír —en ocasiones carcajear— mientras nos pintan algunos rincones oscuros de una ciudad casi desconocida en sus laberintos y recovecos, una ciudad que ni siquiera sabíamos que existía. Porque es claro en este y en otros libros que Restrepo conoce sus rincones, los ha caminado y vivido, y camina naturalmente en su entorno.

En respuesta al interrogante inicial, Sí es posible escribir picaresca hoy en día, si se hace bien, si se toma en serio, si captura al lector, si hace un buen uso del lenguaje y explora sus posibilidades, si pinta la ciudad y el comportamiento humano; y a fe que Restrepo lo logra con acierto en esta obra, la muy bienvenida *Gamberros S. A.*

Este libro de Emilio Alberto Restrepo es una bocanada de aire fresco que nos arrebató una sonrisa, nos pone a pensar y nos recuerda que las buenas lecturas nos entretienen mientras nos ayudan a ser mejores seres humanos. **U**

Jhon Fredy Vásquez Montoya

Un obscuro París literario



París expres. Crónicas parisinas del siglo XXI

Eduardo García Aguilar

Editorial Verbum

Madrid – España

2016

352 p.

Había planeado una caminata con Eduardo García Aguilar por París, ciudad a la que ama entrañablemente, en la que vive desde hace más de dieciocho años y que protagoniza su reciente *París Expres. Crónicas parisinas del siglo XXI*, del que hablaríamos con un par de vasos de vino caliente, pero el clima de París a mediados de noviembre y las gripas que va dejando a su paso condenan al fracaso a cualquier paseo al aire libre. Así que la idea original terminó convertida en una serena reunión, con una cerveza, un Campari y una limonada sobre la mesa de un café de Bastilla.

“Mi contacto con Francia comienza en Manizales, a los catorce años —recuerda—. Mi padre me dijo que estudiara una lengua extranjera y me dio a escoger: inglés en el Colombo Americano o francés en la Alianza Francesa. Yo escogí el francés”. Su primer profesor fue Monsieur Tasseau, al que recuerda como “un señor normando alcohólico, que solía decir: ‘para aprender francés hay que tomar vino o coñac’. Entonces desde la primera clase sacó una botella y nos sirvió a todos los alumnos, que eran señores mayores. Yo era el único niño de la clase y me dijo: ‘¡Y usted también!’”. Luego vino Monsieur Villeneuve a enseñarle el francés con las canciones de

Georges Brassens, Jacques Brel y Léo Ferré, a quienes se sumaron luego libros con estampillas de París, Niza y Marsella y libros de bolsillo; el primero: *Las palabras y las cosas*, de Michel Foucault, que leyó en francés.

“Con esa sensación de irrigación de la primera copa de coñac en la mente y en el cuerpo, me enamoré de Francia”, declara Eduardo. Y así empezó una larga historia de amor, que incluye esta serie de crónicas reunidas en *París exprés* y que también podrían considerarse como “cartas de amor” que se pueden leer en clave de “tú y mi vida contigo”. A los dieciocho años, Eduardo fue a París a estudiar y luego a México a vivir, pero no hubo un día en el que no añorara a París, pues pasaron quince años antes de que pudiera volver y cuenta que lloraba al pensar que la vida no le ofrecería la posibilidad de pasar de nuevo una temporada en la capital francesa. Hasta que finalmente lo logró y desde entonces encontró, aunque sin saberlo, el nombre del libro de crónicas que acaba de publicar. Llegó en la noche, y desde las cinco de la mañana caminó por la Rue Mouffetard, donde sintió “un olor que es inolvidable: el aroma del café exprés y de los *croissants*, cuando están abriendo los cafés y el sonido crepitante del café en la máquina que lo exprime. Ahí dije: ‘¡esto es París! ¡Por fin, otra vez mi París, es cierto, he vuelto!’”.

Luego empezó a escribir una serie de crónicas sobre una idea que le rondaba la cabeza: pronto sería el cambio de milenio y se sentía muy afortunado por ser testigo de algo que, si se vive, se vive una sola vez en la vida, de tal manera que narra cómo se instaló una cuenta regresiva en “las alturas de la emblemática Torre Eiffel, que comienza a ser tocada por el otoño que todo lo llena de óxido y de color ocre. Es el otoño del año y el otoño del siglo y del milenio”. Así mismo rememora “la desolación, rumbo a un nuevo milenio que deja definitivamente atrás y para siempre los agites decimonónicos” y reconstruye los preparativos para las fiestas del fin del milenio. Por momentos pareciera que el milenio es el único tema de sus crónicas, pero lo cierto es que no es más que un pretexto del que García Aguilar se sirve para esbozar un fresco de París, en el que se esfuerza por hacer emerger la voz de un cronista que cuida en exceso su narración para no convertirse a sí mismo en protagonista, sino que le presta sus ojos a los lectores para que vean esa París que él pretende cercar con palabras.

Y es ahí donde salta a la vista su verdadera intención: rememorar la íntima relación de su bienamada París con la literatura, que es, tal vez, la única a la que se permite amar más que a la coqueta y despampanante

capital francesa. Y lo mejor de todo es que no tiene que escoger entre una y otra porque ambas terminan siendo una sola; no en vano, en el primer capítulo de su libro escribe: “París un obscuro lugar literario cargado de fantasmas del pasado que chillan desde sus frías mazmorras de gloria”. Y es que, independientemente de los temas que aborda en sus crónicas, termina siempre haciendo alguna alusión a la París literaria, en la que se mueve con soltura. Así, si habla del clima, por ejemplo, se encuentra un fragmento en el que cuenta que “en París la obra literaria de todos los autores ha estado marcada por el invierno, el hielo, la tuberculosis, la mugre de *Los Miserables* de Víctor Hugo o Jules Vallès. Gérard de Nerval, el autor de *Aurelia*, y otros decadentes como Maupassant fueron prácticamente aniquilados por el invierno, el frío y la tuberculosis, la sífilis y la depresión neurasténica reinante a fines del siglo XIX y comienzos del XX”.

Lo mismo sucede cuando habla de los Bloody Mary que Hemingway tomaba en el Harry’s Bar y en el lujoso Ritz, o del mercado de Les Halles, descrito por Zola en *Le ventre de París*, o de las placas que cuelgan de tantos edificios parisinos en las que recuerdan que aquí o allá, o incluso en la misma calle, nacieron o murieron, aunque con algunos siglos de diferencia, personajes míticos, como Abelardo y Eloísa, Henry Miller, Kiki de Montparnasse, Descartes, Édith Piaf, Jim Morrison y Brigitte Bardot.

De esa forma se va haciendo evidente que a este escritor la literatura se le impone y él mismo lo sabe; por eso es que desde la primera crónica deja en claro que este libro se inscribe dentro de la tradición de escritores latinoamericanos que “han venido, amado, vivido, gozado y muerto en París y que no han podido escapar a la tentación de escribir sobre esa ciudad admirada”.

Con ese tono fresco y ágil recuerda cómo fue que “a lo largo de los siglos XIX y XX se fue completando el ideario de la Revolución con la abolición de la esclavitud, el establecimiento de la República y la Democracia representativa, el surgimiento de los derechos sindicales de los trabajadores, la igualdad de la mujer, el derecho al aborto, la laicidad, la separación de la Iglesia y el Estado, entre muchas otras conquistas de las fuerzas avanzadas del mundo”. En ese sentido, también es un libro que invita a recorrer las calles en las que las mujeres sacudieron en mayo del 68 las placas tectónicas de una sociedad conservadora que las aplastaba y relegaba al poder masculino, pero que ellas supieron subvertir y conquistar con “la píldora, el derecho al aborto, el

divorcio, el acceso en igualdad de condiciones al mercado laboral, su irrupción en la universidad y en la literatura fueron rapidísimas evoluciones impensables para unas cuantas generaciones atrás. Y después empezó la reivindicación pública del derecho a la homosexualidad. Y si las mujeres se abrieron camino desde los 60, los homosexuales iniciaron sus manifestaciones en los 70 de manera masiva y no pudieron ser aplastados por la peste del siglo, el Sida”.

Verdaderos movimientos sociales y culturales que no dejan de ocupar un lugar central en la vida de esta ciudad. Es lo que sucede, por ejemplo, con las *gay parades* y su ruido ensordecedor, en las que las comparsas llevan bocinas “a todo volumen con músicas diversas: los homosexuales o las lesbianas árabes, que en sus respectivos países podrían ser decapitados o incinerados por infieles”.

Y así, el libro cuenta también episodios que sucedieron después de que llegó el nuevo milenio, porque, a pesar de que García Aguilar no publicó este libro justo en el quiebre del milenio pasado, siguió escribiendo y dando cuenta de cómo es la vida en ese París variado y contrastado de grandes monumentos que hacen de esta ciudad una “joya del turismo, decidida a limpiar la pátina gris del tiempo” y que vive “de centenarias glorias pasadas o incluso modernas”, como los futbolistas que provocaron la fiesta más espectacular que vieron las calles de París el 12 de julio de 1998, cuando los franceses ganaron la copa mundial de fútbol después de derrotar a Brasil con un prominente 3-0.

García Aguilar dedica además largos pasajes a las líneas de Metro que atraviesan la ciudad. Las más recientes son automatizadas, sin conductor y con envolturas translúcidas, que “protegen a los depresivos futuros de cualquier intento suicida”. Y a las estaciones de Metro les dedica también este delicioso pasaje: “los amantes mundiales de París, los que han vivido aquí años largos de sus vidas, saben que cada una de esas estaciones anónimas es un microcosmos a partir del cual se edifica la catedral general de la ficción. Muchas mujeres lloran por aquella lejana estación que las conducía a la buhardilla de un fogoso amante. Hombres envejecidos salen de la boca de una estación adornada por verdes arcos *art nouveau* para dejarse poseer por la saudade que suscita en ellos el perfume de alguna mujer amada, sus cabellos, su falda primaveral de flores”.

Y así va pasando por lo mundano y lo prosaico, sin olvidar las transformaciones de la vida nocturna, que “ha decidido cambiar de escenarios: el

Saint-Germain-des-Prés y el Montaparnasse de las grandes revoluciones artísticas e intelectuales del siglo, con sus jóvenes locos entre la humareda de los cigarros, se ha trasladado a la zona de La Bastilla con su café de L’Industrie o el bar Lèche Vin, o a la legendaria rue de Lappe y sus bares latinos o el Faubourg Saint Antoine, lleno de vida, rock y noctámbulos”.

El escritor pasa también por ese París hostil y decadente por el que se pasean con la misma soltura de los turistas las ratas y la miseria de una ciudad contrastada en la que alternan “la elegancia y el lujo vestimentario con la miseria del inmigrante árabe, africano, eslavo u oriental”. Es la misma ciudad de la estación de Metro Porte de Clignancourt, en la que “el visitante es recibido por la llamada *racaille*, compuesta por una juventud agresiva que expresa su odio contra la sociedad donde ha crecido marginada. No hay que mirarlos a los ojos y hay que evitar entrar en conflicto con esas bandas de adolescentes que en grupo pueden rematarnos a patadas”.

Se trata entonces de un libro encantador sobre París, sobre literatura, sobre el fin del milenio y el comienzo del siglo, y la vida de quienes la protagonizan con su fama y la habitan con su anonimato, que pretende abarcarlo todo y que de una forma u otra lo logra, pues algunas de sus más recientes crónicas relatan incluso los atentados contra el Bataclán y Charlie Hebdo. El mismo García Aguilar lo define como “un libro con sudor” o, más bien, como un libro de textos en el que capta y tamiza “instantes específicos, como si yo fuera una de esas máquinas de café exprés de la Rue Mouffetard, como si París fuera ese café que se exprime, que impregna y que nunca se agota, y cada texto fuera la gota a gota de líquido que al beber demuestra que logré volver a París y me recuerda el momento más feliz de mi vida”. ■

Melissa Serrato Ramírez